

Particular importancia reviste el capítulo dedicado a reconstruir la red internacional de apoyo y contacto que pacientemente ha logrado construir Sendero Luminoso, frente a la pasividad de la política exterior peruana. La sola enumeración de los países en los que Sendero Luminoso ha tenido o tiene algún nivel de conexión política o contado con grupos de apoyo es asombrosa: Ecuador, Bolivia, Chile, México, República Dominicana, Estados Unidos, Bélgica, Alemania, Francia, Grecia, Suiza, Islas Canarias, Dinamarca, Finlandia, Holanda, España, Inglaterra, Turquía, India, e Italia. La política de creación y proyección de imagen que no sólo senderistas sino también simpatizantes de Sendero Luminoso han obtenido, especialmente en Europa, le ha redituado formidables dividendos políticos y una creciente audiencia entre la opinión pública europea, siempre proclive a mitificar aquellas realidades que le son tan ajenas como remotas. Por último, Strong hace un pronóstico que tiene interés por lo acertado que resultaron algunos de sus vaticinios:

"Si el Perú no logra conseguir los recursos económicos que tan desesperadamente precisa, y si no logra articular una estrategia contrainsurgente bien administrada, coherente, multifacética y de largo plazo, que busque reforzar su democracia y ganarse el apoyo activo de la población, a la vez que realiza reformas económicas estructurales que vuelvan a la sociedad más liberal y justa, con la que puedan identificarse los millones de indios, pobres y mestizos culturalmente alienados, entonces es probable que el estado siga implosionando ante el avance de Sendero Luminoso. Una torpe intervención norteamericana podría hacer avanzar la causa de los rebeldes, y un golpe militar o una campaña antiterrorista de manos sumamente dura le harían directamente el juego a la guerrilla" (p. 266).

En síntesis, dejando de lado el facilismo de ciertas explicaciones y los estereotipos románticos de los que son tributarios los europeos cuando estudian las realidades latinoamericanas, el libro de Strong representa un esfuerzo interesante. Sin embargo, le falta la

comprensión profunda que se encuentra en los trabajos de autores como Carlos Iván Degregori o Gustavo Gorriti, que no olvidan que detrás del 'apocalíptico deterioro' del Perú anida en sus gentes, en su 'vieja raza', la esperanza de una posibilidad histórica todavía abierta.

Felipe Portocarrero S.

Paredes, Carlos y Jeffrey Sachs. *Estabilización y Crecimiento en el Perú*. Lima: Grade, 1991, 442 pp.

La publicación de "Estabilización y Crecimiento en el Perú", es el resultado de un esfuerzo realizado por un grupo de economistas para ofrecer una propuesta seria de un plan de estabilización y de un conjunto de reformas estructurales en el Perú. Este aporte resulta relevante, si se considera que hacia junio de 1990, cuando se terminó el trabajo de base, la economía peruana enfrentaba una severa crisis. La propuesta se presentó como una contribución para el gobierno entrante en julio de 1990.

El libro se divide en tres partes. La primera, que comprende tres capítulos presenta una reseña histórica de la economía peruana, que termina con un amplio diagnóstico de la situación a fines de 1989. Se concluye, que los desequilibrios macroeconómicos que existían a esta fecha, se vieron reflejados en una alta e inestable inflación, graves distorsiones en precios relativos, una recesión sostenida, desempleo creciente y bajos salarios reales, ingresos tributarios deprimidos y persistencia del déficit fiscal, desintermediación financiera y pérdidas de reservas internacionales.

La tasa de inflación, que alcanzara 2775.3% en 1989, se explicaba esencialmente, según los autores, por un exceso de demanda que reflejaba tanto un incremento en la oferta monetaria principalmente por parte del Banco Central de los déficit fiscal y cuasifiscal, como una caída en la demanda de dinero debido a la propia aceleración de la inflación y a las expectativas inflacionarias. Asimismo, la persistente recesión, es explicada por la restricción de divisas y el manejo errático en la política macroeco-

nómica. De otro lado, se señala que los intentos de estabilización fracasaron porque en ninguno de ellos se atacó de manera frontal, consistente y sostenida las causas del desequilibrio macroeconómico, particularmente los déficit fiscales y cuasifiscales.

En la segunda parte del libro se plantean los lineamientos para un plan de estabilización, combinado con un programa social de emergencia. El Plan de estabilización propuesto considera un ajuste de "shock", cuyos elementos centrales son la eliminación del déficit fiscal, y la unificación, devaluación y fijación del tipo de cambio, combinadas con una política monetaria pasiva.

Para una eliminación del déficit fiscal se propone el reajuste significativo de los precios públicos, la eliminación de subsidios y la aplicación de un número reducido de impuestos de fácil recaudación, en tanto se prepara la reforma tributaria. La regla propuesta para el reajuste de los precios controlados define los precios internacionales para los transables y los precios reales de un año "normal" para los no transables.

Con respecto a la política cambiaria se propone la unificación del tipo de cambio y un "overshooting" del mismo, a un nivel que las autoridades crean que puedan defender. Este tipo de cambio se mantendría por un período de seis meses, y serviría como un ancla nominal. Se propone además la libre convertibilidad de la moneda nacional. La política monetaria sería pasiva, en el sentido que la emisión provendría de las compras de divisas por parte del Banco Central al tipo de cambio fijado.

Asimismo, dado que se esperaba que las tasas de interés reales fueran elevadas después de aplicado el programa de estabilización, se sugiere la posibilidad de mantener topes para las tasas de interés activas por un período corto, con el objeto de evitar los problemas de selección adversa. Se propone además una reducción significativa del encaje promedio en moneda nacional, para reducir los altos spreads entre tasas activas y pasivas.

Después de seis meses se instauraría un sistema de minidevaluaciones, o de flotación administrada para mantener un determi-

nado tipo de cambio real. En esta segunda fase, se sugiere además de la emisión por origen externo, el incremento del crédito interno hasta un máximo del 20% de la ganancia en reservas, con el objeto de satisfacer de manera más rápida el incremento en la demanda de dinero.

En la tercera parte, que comprende cinco capítulos, se discuten distintos aspectos relacionados con las reformas estructurales, orientadas a promover un crecimiento económico sostenido. En particular se discuten los elementos de la reforma tributaria, el manejo de la deuda externa, la política monetaria y cambiaria y el régimen de comercio exterior. Los argumentos centrales apuntan a la liberalización de los mercados, y a su relación con las políticas de estabilización.

Uno de los aspectos importantes discutidos en esta parte se refiere a la secuencia y velocidad de la liberalización de los mercados. Los autores sugieren que la apertura comercial se debería realizar en dos fases. La primera, simultánea a la estabilización, comprendería el reemplazo de las restricciones para-arancelarias por un arancel, y la disminución del arancel mínimo. La segunda, sería gradual y anunciada hasta llegar a una tasa uniforme del 20% en treinta meses. Asimismo, se propone que la apertura del mercado de capitales se efectúe simultáneamente a la primera fase de la apertura comercial y a una apertura parcial del sistema financiero. La entrada de capitales, según los autores, permitiría la remonetización inicial, y no sería excesiva, dado el alto riesgo del país.

Tanto el diagnóstico de la situación económica como las grandes líneas del programa propuesto corresponden a un análisis serio y consistente. El cierre de la brecha fiscal, la unificación del tipo de cambio y el proceso de liberación eran en el caso peruano, ingredientes indiscutibles para el éxito del programa de estabilización. La propuesta de un programa de "shock" no sólo permitía la eliminación de los desequilibrios macroeconómicos, sino que, aunque no lo explicitan los autores, ayudarían a eliminar las expectativas inflacionarias y a generar credibilidad entre los agentes económicos. De otro lado, las reformas estructurales

eran imprescindibles, no sólo para favorecer un crecimiento sostenido, sino que además complementaban el plan de estabilización. Esto último porque los controles indiscriminados que existían en gran medida habían originado los desequilibrios macroeconómicos.

'Sin embargo, en la propuesta hay dos aspectos que resultan controvertidos y que merecen una mayor discusión: el "overshooting" cambiario y la secuencia del proceso de liberalización.

En relación al primero hubiera sido necesario presentar un mayor análisis de esta alternativa, contrastándola con la de flotación, puesto que existen argumentos que destacan el peligro de la opción propuesta. Si bien elevar el tipo de cambio a un nivel por encima del equilibrio, tal como lo señalan los autores, permite establecer un ancla nominal y además contar con un margen que contrarreste la apreciación posterior del tipo de cambio, en la situación de mediados de 1990, era una decisión muy riesgosa. En primer lugar, la magnitud del desequilibrio fiscal, que se reflejaba entre otros factores en los enormes retrasos en los precios públicos, implicaban un reajuste considerable de estos últimos. La inflación correctiva resultante requería de una elevación muy significativa en el tipo de cambio que a su vez determinaba una mayor elevación de los precios públicos. Esta interacción entre los significativos ajustes de los precios públicos y del tipo de cambio, hacían muy difícil la calibración de ambos y por consiguiente, la determinación del tipo de cambio de equilibrio resultante, de la magnitud del "overshooting", y de sus consecuencias sobre el tipo de cambio real.

De otro lado, un nivel cambiario sumamente elevado y fijo hubiera favorecido una entrada de capitales mayor que hubiera sido difícil de absorber, aún teniendo en cuenta el incremento en la demanda de dinero esperada, puesto que no necesariamente existe una relación uno a uno entre esta última y la venta de divisas por parte de los agentes económicos. La recomendación del "overshooting" podría ser adecuada a un nivel conceptual pero no respondía a las condiciones existentes en el momento de su aplicación.

Estas razones que se derivan en cierta medida de un análisis de los numerosos detalles y de las magnitudes de los ajustes, que resultan cruciales en la aplicación de un programa de estabilización, y que están ausentes en la propuesta de Paredes y Sachs, son las que llevaron a las autoridades a descartar el "overshooting" cambiario y a adoptar más bien una política intermedia. La significativa sobrevaluación de la moneda nacional que posteriormente se produjo en la realidad, no obedeció necesariamente a la política cambiaria adoptada, sino a errores en el manejo de la política fiscal y monetaria.

El otro aspecto de la propuesta que resulta controvertido se refiere a la secuencia de la liberalización de los mercados. Si bien, como lo señalan los autores, no existe una regla clara sobre una secuencia "óptima", la propuesta presentada merece algunos comentarios. Evidentemente, resultaba conveniente la recomendación de iniciar la apertura comercial conjuntamente con el plan de estabilización, con el objeto de establecer un tope para los precios de los bienes transables e incrementar la recaudación por impuestos a las importaciones. Además, la opción de una apertura comercial gradual y anunciada, defendida por los autores, podría haber dado un tiempo prudencial a las unidades productivas para transformarse y enfrentar la competencia externa. Sin embargo, para que esto suceda se requería un grado de credibilidad que no necesariamente existía. Más aún, esta opción no pareciera ser muy consistente con el "overshooting" cambiario. La trayectoria del tipo de cambio real implícita en la propuesta, sugería iniciar el ajuste con un nivel cambiario muy alto, el cual iría luego disminuyendo. La apertura comercial gradual en alguna medida amplificaba esta tendencia, lo que hubiera entorpecido la reasignación de recursos deseada consistente con un nivel del tipo de cambio real de mediano plazo, menor al inicial.

Asimismo, la reforma financiera parcial que plantean los autores, particularmente en lo concerniente a la fijación de topes a la tasa de interés merece un mayor análisis al presentado. En primer lugar habría que distinguir

entre las tasas de interés en moneda nacional y en moneda extranjera. Si bien se podría defender los topes de las tasas en moneda extranjera, para graduar la entrada de capitales, el caso de los topes de las tasas para moneda nacional resultaban siendo más complicados. La inflación correctiva que implicaba el ajuste inicial, que hubiera sido aún mayor en el caso de optar por el "overshooting" cambiario impedían poder determinar un nivel de tasas de interés "adecuado". Resultaba así menos riesgoso dejar flotar las tasas de interés en moneda nacional.

Finalmente, la recomendación de abrir la cuenta de capitales de la balanza de pagos desde los inicios del ajuste era prácticamente convalidar la situación existente, puesto que en la práctica existían diversos mecanismos informales que permitían un libre flujo de capitales con el exterior, además de la existencia de un stock de divisas en poder de los agentes económicos dentro del país, trasladable al sistema financiero.

Martha Rodríguez

Cornwell, John. *A Thief in the Night. The Death of Pope John Paul I.* Londres: Viking, 1989, XVIII, 301 pp.

La muerte súbita de Juan Pablo I en la noche del 28 al 29 de setiembre de 1978 a los treinta y tres días de haber sido elegido Papa, los rumores dispares e incluso contradictorios que circularon en torno a diversas circunstancias de su fallecimiento y, no en último lugar, la negativa de las autoridades vaticanas a permitir que se le practicara la autopsia, desencadenaron sospechas y rumores más graves sobre la posibilidad de que su muerte no hubiera sido natural, sino resultado de un envenenamiento o algún otro tipo de violencia. Las habladurías iban principal, aunque no exclusivamente, en la línea del cardenal Villot, secretario de estado durante el pontificado de Pablo VI, y del arzobispo Marcinkus, presidente del I.O.R. (Istituto per le Opere di Religione) o, en lenguaje menos críptico, Banco Vaticano. Los artículos y los libros empezaron a multiplicarse, en forma

novelada como *Soutane Rouge* de R. Peyrefitte (1983) o con pretensiones de investigación real en el caso de D. Yallop y su requisitoria *In God's Name* (1984). En el arranque de todas las sospechas se encontraban diez preguntas sobre las cuales no había concordancia testifical:

1. Quién encontró el cadáver.
2. Dónde.
3. La causa de la muerte según el informe oficial.
4. La hora de la muerte.
5. El momento y la legalidad del embalsamamiento.
6. Qué tenía el Papa en sus manos cuando murió.
7. La salud del Papa en los meses previos a su muerte.
8. El paradero de sus objetos personales.
9. Si, por orden de la curia, se practicó secretamente la autopsia.
10. Si los embalsamadores fueron llamados al Vaticano antes de que el cadáver, "oficialmente", hubiese sido encontrado.

En octubre de 1987, nueve años después del fallecimiento de Juan Pablo I, el arzobispo John Foley, presidente de la Comisión para los Medios de Comunicación Social, encargó a John Cornwell que, a fin de esclarecer de una vez por todas los hechos y silenciar así los rumores, investigara todas las circunstancias de la muerte de Juan Pablo I. Podía contar con todo el apoyo de la Santa Sede. Ciertamente que éste le fue necesario en muchos casos para abrir puertas y bocas cerradas, silencios y reticencias.

Por las páginas del libro (que se lee con interés creciente) desfilan muchos personajes (vivos o difuntos) de las altas esferas eclesiales y otros menos conocidos, de intra y extra muros vaticanos. Además de los ya citados J. Villot y P. Marcinkus, tenemos conocimiento con J. Magee y D. Lorenzi, secretarios particulares del difunto Papa; con sor Vincenza, su ama de llaves; con el Dr. R. Buzzonetti, médico personal del Papa; con H. Roggen, sargento de la guardia suiza; con los hermanos Signoracci, que embalsamaron el cadáver antes de su expo-